

SONATA DE ESTIO

A Alfredo A. Bianchi.

I

PLENO sol. Fuego... El campo calcinado,
reverberante, hace entornar los ojos.
Las chicharras aturden. El ambiente
pesa como una lápida de plomo.

Una rama se quiebra. Los lagartos
beben el sol, echados. Fuego y polvo...
Implorante de sed, la gran llanura
se ahoga, palidece... Cruje un tronco.

Cruje un tronco reseco. Un fruto cae
reventando al caer. Pleno sol. Polvo...
Pasa un perro jadeante, pura lengua.
Las chicharras taladran el reposo.

El calor aniquila. El cuerpo sufre
sudorosos, bestiales abandonos.
Bajo la llamarada del ambiente
los sembrados crepitan, de sed locos...

*En el sopor de los campos
el día se ha sumergido,
de contagiosa modorra
poseído.*

*Cruzan la desvanecida
quietud del cielo de estío,
con bostezante abandono,
fantásticos nuberíos.*

*Y alborotando el silencio
del espacio con sus gritos,
pasan, en dos filas, una
banda de patos marinos.*

*Una nube se destaca
flotando en el infinito,
como un pensamiento enorme
en un cerebro vacío.*

*Como esa nube de plomo,
clavada en el infinito,
en lo infinito del alma
flota el pensamiento mío...*

*El calor aniquila. El cuerpo sufre
sudorosos, bestiales abandonos.
Bajo la llamarada del ambiente
los sembrados crepitan, de sed locos.*

*Así los hombres, doloridos, hartos,
—sembrados maldicientes, de sed locos—
mueren bajo el moderno feudalismo,
pesado como lápida de plomo...*

II

*De pronto se estremece la llanura,
bambolean los árboles de pronto...
Ciclones ululantes se levantan
entre infiernos de polvo.*

*Huye el sol, acosado
por un triunfante ejército de nubes,
nubes empenachadas y soberbias
con majestades de nevadas cumbres.*

*Un trueno, en un redoble fabuloso
de colosales atambores, ruje;
y a su ronco rujido de tragedia
el universo todo tiembla y cruje.*

*El cielo es como el vientre de un abismo
convulsionado; y en las sombras fúnebres
se presienten los ayes de impotencia
de las débiles aves que sucumben.*

*En un tropel de lúgubres corceles
que desbocados huyen,
va el viento, con salvajes alaridos,
batiendo campos y azotando nubes.*

*(¡Oh, comprendo por qué crearon los hombres
sus dioses de perdón y omnipotencia:
admirables escudos protectores
contra el ciego poder de la materia!)*

*El torbellino calma sus furores;
 abre el cielo sus pórticos azules;
 y el gran dolor de la Naturaleza
 fina en un lloro refrescante y dulce.*

III

*¡Bendición de los campos, prodigio de la lluvia
 sobre la gran llanura, sobrecogida y trémula.
 Los simples labradores, con sus brazos cruzados,
 miran las gotas como si viesan caer perlas.*

*Indecible deleite embarga nuestros pechos;
 infantil alegría sorprende nuestras venas.
 ¡También nosotros vemos, con los brazos cruzados
 y con una sonrisa, caer el agua buena!*

*¡Robustos labradores con andares de osos,
 desde las patagónicas a las cuyanas tierras,
 bendecid esos campos, derramad con la lluvia
 vuestros ensueños de oro sobre las verdes siembras!*

*Con los ojos tendidos hacia un justo mañana,
 aunque hoy no sea vuestro ni un palmito de tierra,
 bendecid esos campos, derramad con la lluvia
 vuestros ensueños de oro sobre las verdes siembras!*

*Y llueve... y llueve... y llueve...
 Hay una paz inmensa
 bajo el mar de la lluvia
 serena.*

*¡Oh la fresca embriaguez,
la marina pureza,
que nos brinda la lluvia
serena!*

*Y llueve... y llueve... y llueve...
¡Cómo cura las penas
la canción de la lluvia
serena!*

*¡Oh, regocijo de alas
libres sobre las selvas,
cuando cae la lluvia
serena!*

*(¡Oh, lluvia de justicia,
que sedientos esperan
todos los humillados
de la tierra!)*

*Y llueve... y llueve... y llueve...
Y el alma sueña y sueña...
mecida por la lluvia
serena!*

IV

*El sol, con un fresco rubor de inocencia,
aparece tímido tras los nubarrones.
Sacuden los árboles su veste empapada;
tiemblan en los aires cordiales canciones.*

*Ondas de lujurias invaden los cuerpos,
agitando el ritmo de los corazones.
Mujen los retablos, piafan los potreros...
Y el huso del alma acopia ilusiones.*

*¡Cómo se quisiera volar por la pampa,
vivir sus purezas y sus emociones,
con las aves locas, con la brisa húmeda,
con el sol, rocío de consolaciones!...*

*Tres muchachas bucólicas pasaron,
rozagantes y frescas. Mi pasión
— la pobre esclava siempre sometida —
es un potro arrogante y piafador!*

*Tres muchachas bucólicas pasaron;
¿no oyes temblar mi voz?...
¡Oh, salvaje ansiedad de castas vírgenes,
sobre la tibia yerba, a pleno sol!*

*Tres muchachas bucólicas pasaron;
aun sus risas me llenan de emoción...
La flauta tiembla y cae de mis labios.
¡Todo mi ser se vuelve un corazón!*

DOMINGO FONTANARROSA.

Rosario, 1921.

Nosotros, año XVI, núm. 152,
Buenos Aires, enero de 1922.